

Entrevista

*“No creo que la tarea de los jóvenes investigadores
consista en vengar al pasado”*

Entrevista a José Antonio Piqueras

351

Mario Diego Romero y Jorge Luis Aparicio Erazo
Universidad del Valle



Fotografía: Claudia Varella – Cortesía José Antonio Piqueras

Referencia para citar esta entrevista: “No creo que la tarea de los jóvenes investigadores consista en vengar al pasado”. Entrevista a José Antonio Piqueras, por Mario Diego Romero y Jorge Luis Aparicio Erazo, *Historia y Espacio*, vol.13, nº 48 (2017): 351-374.

José Antonio Piqueras es Doctor en Historia por la Universidad de Valencia (España). Actualmente se desempeña como docente de Historia Contemporánea de la Universitat Jaume I (Valencia, España). Dirige en esta universidad el grupo Historia Social Comparada. Sus intereses investigativos han girado alrededor de la historia de las relaciones sociales y de las actitudes políticas en España y América Latina, con particular atención a Cuba. Preside la Asociación de Historia Económica del Caribe. Desde 1988 codirige junto a Javier Paniagua la revista *Historia Social*, editada por la Fundación Instituto de Historia Social.

Mario Diego Romero (en adelante M.D.R.): *Nos gustaría empezar esta entrevista indagando un poco de su trayectoria académica y personal. ¿Cuál es su formación académica? ¿Por qué se interesó por la historia y, en particular por el tema de la historia de la esclavitud?*

La elección de los estudios de Historia responde en mi caso a un intento bastante explícito de comprender el presente, los procesos que habían conducido a la sociedad en la que vivía, también asociada de algún modo a compromisos por incidir en ella, desde el convencimiento de que la historia la hacían la gente. Mis estudios se iniciaron en España bajo una dictadura de larga duración que falseaba el pasado –también su pasado manifiestamente fascista– y hurtaba las explicaciones de las raíces del presente. El pasado era una ficción convenientemente amañada. En el curso de mi profesión he comprobado que aquello no era una excepción, a pesar de la dificultad de una historia crítica, por imperativos políticos, en regímenes cerrados; las historias nacionales, también en las llamadas sociedades abiertas, usan y abusan de recursos deformadores del pasado de acuerdo con sus proyectos políticos, de la ideología predominante, de la identidad que se desea privilegiar. Esto último, en América, es particularmente reseñable en sociedades con sectores muy elevados o con minorías de afrodescendientes, cuya ascendencia nos remite al pasado de la esclavización y, por lo general, a la convivencia desigual de culturas nacionales divididas. Y volvemos a encontrarlo cuando se rescata la historia de los esclavos escindiéndola de las condiciones sociales y económicas que los sostuvieron y aprovecharon.

Volviendo a etapa de formación, he de señalar que una cierta apertura del régimen posibilitaba la circulación de libros antes prohibidos. A la vez comenzaba a desmontarse la ficción y circulaban explicaciones alternativas. Era como asistir a la refundación de una ciencia histórica y sentirse invitado a

participar en ese proceso. Consecuente con lo indicado, opté por la especialización de Historia Contemporánea, los siglos XIX y XX.

Mis primeras investigaciones se centraron en el mundo del trabajo, la formación del socialismo, las condiciones de vida de los trabajadores urbanos del siglo XIX, la educación y la cultura de las clases populares. Eran temas de la historia social clásica, del trabajo y de los trabajadores. En ese sentido, mi trayectoria la he situado en la historia de las relaciones sociales, al menos ha sido el eje conductor, porque la política también ha estado a menudo presente.

Después de varios años preparando mi tesis doctoral, el proyecto entró en crisis: se parecía demasiado a la aplicación de la teoría social emanada de una teoría económica sobre la inexorable propagación del capitalismo que creaba trabajadores industriales en busca de una conciencia, una ideología y una organización emancipadoras. Como titulé en 1986 un libro, preparado con mi colega Javier Paniagua, nuestra historia era la de unos *Trabajadores sin revolución*. De hecho, la mayoría de ellos no la había pretendido jamás. De aquella experiencia aprendí que la asignación implícita o explícita de funciones a los actores históricos es una forma de alimentar la fe de los creyentes pero tiene poco que ver con el ejercicio de la profesión de historiador. Esto no implica admitir que el historiador se encuentre desprovisto de ideología o pretender un ideal neutro; eso no solo resultaría raro, en la práctica es un imposible. El empirismo neutro (el “dejar hablar al documento”, o sumar episodio tras episodio), el positivismo de la escuela metódica, encierran formas ideológicas no menores que las incorporadas por la historia más políticamente ideologizada, aunque desnudarlas nos lleve un poco más de tiempo. Me gusta recordar la observación de Hobsbawm sobre la agenda política que no debe anteponerse a la agenda del historiador, por más que de los análisis del segundo se desprendan conclusiones políticas. Pero la lógica de construcción de una y otra responden a exigencias distintas.

Mi investigación de mediados de los años ochenta dio un giro: en lugar de estudiar a los potenciales revolucionarios me pareció que con carácter previo, y más importante, debía conocer la sociedad que aquellos se proponían transformar. Fue así que me situé ante el último cuarto de siglo XIX español, la llamada Restauración (1874-1902). Y como las condiciones de hegemonía de unos grupos sociales determinados, y el tipo de intereses que defendían, no me resultaba comprensible, me fui a estudiar la época anterior, la formación de la sociedad que nace de la desintegración de las relaciones feudo-señoria-

les y a la constitución de nuevas ideas, una propiedad nueva, nuevos grupos sociales; en definitiva, el hilo conductor pasó a las relaciones sociales y las actitudes políticas, cómo asociar y de qué forma actúan unas y otras, la movilización, la protesta, la revolución con sus significados en evolución, y la contrarrevolución, la restauración adaptada, los factores subsistentes de una revolución pasiva, por usar la noción de Gramsci. Finalmente me centré en la coyuntura de 1868 a 1874 y en las llamadas por Soboul las fuerzas sociales actantes. Estudié tres aspectos que colisionaban con el orden establecido: los movimientos populares progresistas que se escindían en el republicanismo federal (en un país monárquico) y en el primer internacionalismo obrero; la organización de los propietarios territoriales en los primeros grupos de presión con implicaciones políticas; y la resistencia a las reformas en las colonias, en especial las propiciadas por los dueños de esclavos en Cuba. La colusión de los dos últimos grupos derribó el régimen político y usó de la fuerza para aplastar a los primeros e impedir la abolición en Cuba. Fue entonces cuando me adentré plenamente en la historia colonial, a la que había prestado atención al ocuparme de la época anterior. Me parecía un imposible explicar la historia de España del siglo XIX deslindada de sus colonias del Caribe, y viceversa; y eso llevaba a pensar el imperio y las colonias como una unidad dialéctica. Y a situar en primer lugar que la prosperidad de Cuba y las ventajas de su metrópoli descansaban en una esclavitud masiva y actualizada, nada accidental en la persistencia de la condición colonial de la isla y en la formación de grandes capitales que alimentaban el naciente capitalismo de España y se imbricaban asimismo con el capital financiero, industrial y naviero de Gran Bretaña y los Estados Unidos, o el capital mobiliario francés.

Por un tiempo, mi interés estaba en el sistema esclavista y en su persistencia, con escasa presencia de los esclavos. Después vendría la indagación en las grandes explotaciones azucareras cubanas, en la organización del trabajo y la rentabilidad del negocio. Más tarde llegó una comprensión más global del tema, que no cesa de completarse y evolucionar.

Jorge Luis Aparicio Erazo (en adelante J.L.A.E.): *Usted lleva casi tres décadas investigando el tema de la historia social de la esclavitud. Después de este tiempo, en el que se ha interesado por aspectos muy diversos de este fenómeno, ¿Cómo cree que han cambiado los enfoques, problemas y metodologías sobre la historia de la esclavitud?*

La esclavitud americana basada en los africanos y sus descendientes fue definida como una forma de dominación colonial, una estructura de sometimiento de la mano de obra para la producción y el servicio que reemplazaba a la población indígena, cuya participación en esos procesos a partir de las Leyes Nuevas se vio constreñida por una serie de limitaciones. Pero eso solo era una parte de la realidad. La provisión de africanos había comenzado casi cuatro décadas antes de la prohibición de esclavizar a los nativos de América, los portugueses simultanearon la esclavización de indígenas y de africanos en Brasil, y los ingleses no precisaron inventar una justificación jurídica para introducir sus cargamentos en las colonias del Norte y en el Caribe antes despoblado.

Los estudios que venían de las décadas anteriores se detenían en las estructuras, en el modelo y sus características. Era, como antes decía sobre mi propio trabajo, una esclavitud sin esclavos de carne y hueso, prácticamente sin vivencias. Eran los autores menos académicos quienes prestaban atención a aspectos de la vida cotidiana en las ciudades coloniales, y se ocupaban de describir aspectos como la diversidad de oficios, la conservación de cofradías y cabildos de nación, los pleitos más sonados, etc. Retazos de vidas, a menudo presentados de manera anecdótica: todo aquello que la historia tradicional había despreciado al fijar su atención en los grandes personajes, todo aquello que la historia socio-estructural, marxista o funcionalista, consideraba no científico. Y sin embargo, Juan Pérez de la Riva y Pedro Deschamps recuperaron en sentido afirmativo la “historia de la gente sin historia”. Por el contrario, estaban los estudios sobre la rebeldía y el cimarronaje, casi las únicas manifestaciones que otorgaban a los esclavos lo que en determinada teoría sociológica, desde el interaccionismo simbólico, se llamaba “agencia”, concepto poco después incorporado a los estudios históricos.

Todavía a mediados de los años ochenta predominaba la idea de que la esclavitud americana era un modo de producción que encajaba mal en los modelos definidos por el marxismo más ortodoxo. Las teorías de la dependencia y del sistema-mundo integraban la esclavitud, subordinándola, en el moderno capitalismo, que retrotraían al siglo XVI, me parece que de manera equivocada porque confundían elementos del mercado, que sin duda son rasgos que alcanzan su máxima expresión en el capitalismo, con la articulación capitalista de la economía y la sociedad, que es algo muy distinto. No obstante, este es un debate que permanece abierto y que en los últimos tiempos ha vuelto a actualizarse sobre postulados menos contrapuestos que en el pasado.

La definición de la esclavitud como un modelo estrictamente colonial apenas lograba explicar que subsistiera en el Brasil independiente del siglo XIX, algo así como la colonia que pervive en el imperio, y en numerosas repúblicas hispanoamericanas hasta mediados de siglo. En el segundo caso, suele precisarse que subsiste la esclavitud de forma muy secundaria y adscrita a esa modalidad que ha sido denominada "esclavitud patriarcal", término que en el pasado también he utilizado y que me parece inadecuado porque expresa mal la naturaleza y las condiciones de ese tipo de sometimiento esclavo. La esclavitud no era nada secundaria en Brasil o en Cuba, e incluso en Puerto Rico, como no lo era en absoluto en el sur de los Estados Unidos. En los países citados se abole en fechas muy tardías, entre 1865 y 1888.

Las teorías del arcaísmo e irrentabilidad de la esclavitud seguían vigentes a pesar de los estudios de Robert Fogel y Stanley Engerman, muy polémicos, es cierto, muy criticados por las continuas conclusiones a las que llegan, con frecuencia perfectamente ahistóricas, pero son menos objetables por la demostración de la rentabilidad de las grandes plantaciones. Esa visión de la esclavitud como una rémora convertía a los dueños de esclavos también en protagonistas de la abolición: mantuvieron la esclavitud mientras les fue posible, incluso en contra de sus intereses supuestamente objetivos, y promovieron la abolición, nos llegaron a contar, cuando comprendieron que era una disfunción en el avance de los modelos productivos, conformándose con una indemnización en forma monetaria o en tiempo adicional de trabajo sometido, en la modalidad del patronato. Ciertamente, el patronato que prorrogaba la esclavitud con un nombre benévolo era esto último: una compensación en trabajo no retribuido por la renuncia al capital representado por la posesión de los esclavos; pero la tesis de la omnipresencia del propietario en el proceso de abolición se encuentra tan alejada de la realidad social e histórica, me parece, como aquella que atribuye todo el protagonismo de la supresión a la inconformidad de los esclavos, que con su resistencia y continuas negociaciones desvirtuaron el sistema y lo hicieron incosteable, una historia hermosa e irreal, al menos en la mayoría de los casos. A pesar de las dificultades en la que muchos esclavos pusieron a sus dueños, nunca alcanzaron a desafiarlos como en la época de las grandes rebeliones, en el caso de Cuba, que mejor conozco, desde la revolución de Haití hasta 1844, justo cuando la gran plantación llega a su apogeo.

A mediados de los años ochenta del siglo pasado, los estudios sobre esclavitud que podemos llamar tradicionales mostraban signos evidentes de ago-

tamiento, y los nuevos estudios, los que dominarían la forma de hacer en las décadas siguientes, apenas ofrecían signos de existencia en la historiografía estadounidense y británica, o en los autores de este origen que se ocupaban de estudiar el pasado latinoamericano.

Los estudios sobre la esclavitud no estuvieron al margen de la evolución de la crisis y reorientación de la forma de hacer historia, de lo que en la tradición epistemológica de Thomas Kuhn algunos llaman cambio de paradigma. Antes al contrario, la esclavitud se convirtió dentro de los estudios sociales en punta de lanza de las nuevas orientaciones. El centro de la historia pasó de las estructuras a las personas, la acción social dejó paso a la agencia individual, la conciencia de pertenencia deducida de una condición compartida se deslizó a la identidad subjetiva y a un cálculo racional de supervivencia que privilegiaba las estrategias de resistencia de baja intensidad, de negociación y de solidaridad de cercanía, en lugar de observar la tensión estructural y el conflicto. Los nuevos enfoques fueron acompañados de nuevos temas donde los esclavos era protagonistas indiscutidos, hasta el punto de que sus dueños solo aparecen en los procesos de compra y de negociación, a veces más resignados que otra cosa, en particular en el mundo urbano. Por extraño que parezca, pasamos a tener esclavos con dueños invisibilizados. Las estrategias de emancipación y autocompra, la formación de lazos familiares formales o consensuados, las creencias, los oficios, la sociabilidad, las relaciones con otros grupos, en especial con los llamados libres de color, se apropiaron de la escena.

Nuevos temas y nuevos enfoques fueron acompañados de nuevas fuentes. De privilegiar las fuentes cuantitativas se ha pasado a rescatar las cualitativas, con gran diferencia, las fuentes judiciales y las procedentes de escribanías, que son particularmente ricas en el mundo iberoamericano. Gracias a ellas hemos podido conocer mucho más, y con más precisión, sobre gran número de existencias. El salto ha sido formidable. El límite se encuentra en que todas esas fuentes reunidas únicamente nos hablan de una pequeña parte de los hombres y mujeres que fueron esclavizados, por lo que cualquier generalización carece de sustento empírico suficiente; en segundo lugar, los estudios nos informa de situaciones que con frecuencia presentan particularidades respecto al común de los esclavizados, por lo que tampoco ofrecen la pauta para explicar la generalidad.

En paralelo, en los últimos años se ha renovado el conocimiento del número de africanos transportados y de las condiciones de la trata, se ha mejorado

su localización en los puntos de destino, y por fin se ha trasladado la atención a África: a la fuente de la deportación, a su diversidad y de las características de estos pueblos, lo que ayuda a comprender las experiencias y las actitudes en cautividad.

358

M.D.R. Investigaciones muy diversas sobre la historia de la esclavitud como las de Olivier Petre-Grenouilleau, Catherine Coquery-Vidrovitch, José Luis Belmonte Postigo, Robin Blackburn, Eric Foner, Rebecca J. Scott, Edward E. Baptist y Luiz Geraldo Silva y, por supuesto, las suyas, entre otras, han permitido reinterpretar, matizar y complejizar las visiones tradicionales sobre el fenómeno de la esclavitud y el de los esclavos. ¿Qué tanto cree que ha cambiado la imagen que teníamos de la esclavitud, de los esclavos y de África con estas investigaciones?

Me parece que estamos en la mejor época para abordar el estudio de la esclavitud y de los esclavos. Los nombres que ha citado son un buen ejemplo de la diversidad de enfoques que conviven y de las ideas renovadas que dominan la agenda investigadora. Habría que añadir la perspectiva, en mi opinión esencial, de Dale Tomich sobre la *segunda esclavitud*. No me parece que se pueda prescindir de las contribuciones de Luiz Felipe Alencastro, Rafael Marquese, Ricardo Salles, Olivia Gomes da Cunha, Beatriz Gallotti Marmigonian, de los textos clásicos de Viotti da Costa y de Robert Slanes, de la escuela cultural de Campinas, para tener una idea cabal de las posibilidades que se han abierto, en su diversidad y rica controversia, para el estudio de la esclavitud brasileña y, en muchos casos, para repensarla en el continente. Del mismo modo, recordaría las contribuciones de Francisco Scarano para Puerto Rico, de María del Carmen Barcia, Gloria García, Manuel Barcia y Ada Ferrer sobre Cuba. Y la amplia renovación que viene de atrás y que se está produciendo en el continente hispanoamericano: los estudios de Rina Cáceres en Costa Rica; María Cristina Navarrete, Dolcey Romero Jaramillo y del veterano Hermes Tovar Pinzón en Colombia, sin olvidar los trabajos sobre racialidad de Alfonso Múnera y Marixa Lasso; María Eugenia Chaves sobre Ecuador; Marta Goldberg en Argentina; Alex Borucki sobre Uruguay; Carlos Aguirre y Maribel Arrelucea en Perú; Celia Cussen en Chile; Adriana Naveda y el grupo que alienta María Elisa Velázquez en México... La lista se hace extensa y soy injusto no citando más nombres. Al de Ed Baptist que mencionan, en la misma línea de vincular la esclavitud moderna con el desarrollo del gran capitalismo, ha de añadirse a Walter Johnson. La línea seguida por Rebecca Scott, situada en otro plano, ha inspirado numerosas investigaciones en La-

tinoamérica y la renovación de los estudios orientados por la microhistoria. Robin Blackburn nos ha ofrecido un espléndido panorama general, tan rico en ideas como abierto a la discusión, en el que inserta la esclavitud en la evolución de las sociedades occidentales. Otro autor europeo que ha realizado contribuciones muy notables al tema es Michael Zeuske.

Coquery-Vidrovitch, con todo mérito, es pionera en los estudios contemporáneos que trazan un puente entre las esclavitudes africanas y la americana. La propuesta de W.E.B. Du Bois de estudiar África para comprender la diáspora asociada a la esclavitud tardó varias décadas en encontrar algún eco. Paul E. Lovejoy es, sin duda, en nuestra opinión, quien mejor ha establecido las continuidades entre las experiencias previas a la esclavización y las que encuentran continuidad en el Nuevo Continente. Esta línea de estudios nos ayuda a desprendernos de un tópico inadmisibles que los estudiosos heredaron de las sociedades coloniales con esclavos: la generalización de la noción “africano”, como antes dijeron “negro”. Detrás de esas nociones hay realidades étnico-sociales e históricas diferenciadas, como pueda haberlas entre un norteamericano y un portugués, ambos “europeos”. La esclavitud unificó la condición, no las procedencias ni las tradiciones, al menos en la generación de arribada, en parte en la inmediata posterior, y quizá en la siguiente, aunque se hubieran iniciado los procesos de aculturación, de hibridación afro-americano y de sincretismo afro-criollo, tres fenómenos diferenciados que acompañan a la transcultura inicial.

Hoy comenzamos a conocer cómo eran en África los pueblos dedicados al comercio urbano o a la guerra, que conservaron esas habilidades en cautividad. Guerreros en África protagonizaron y lideraron rebeliones en las haciendas de Cuba y Brasil en mayor medida que otras poblaciones sometidas. Esclavizados hubieron de convivir con personas que en su continente de origen habían pertenecido a comunidades rivales. Estamos aprendiendo mucho, y con algún retraso sobre el mundo angloamericano, este conocimiento está llegando al mundo iberoamericano. He de añadir que no creo que nuestro conocimiento de la historia de África, uno de las últimas en ser incorporada a la historia global a pesar de sus vínculos históricos con Europa, el mundo árabe y América, permita establecer ningún determinismo al respecto. Las diásporas tienen raíces y a la vez son otra cosa que el original.

M.D.R. *Al tiempo que estas investigaciones han permitido ampliar las miradas al fenómeno de la esclavitud, también han posibilitado reinterpretar la*

participación histórica de España y de otras monarquías en el fenómeno de la esclavitud ¿Cómo cree que hoy se entiende el papel de éstas en el contexto de la esclavitud de los siglos XVI al XIX?

360 Las potencias coloniales se explicaron a sí mismas y a las generaciones posteriores portadoras de valores distintos de los que predominaban cuando la esclavitud vivió su pleno apogeo, que la esclavitud africana se introdujo en América de la misma manera en que había existido en las civilizaciones más diversas, desde los pueblos antiguos que aparecen registrados en la Biblia hasta el propio continente africano. Todo era normalidad y también una percepción sobre la crueldad del otro, mucho menos de la crueldad propia. Las explicaciones desligaban las formas más evidentes de explotación de la acción del Estado y la remitían a las acciones particulares. Era como una privatización del pasado, que quedaba en manos de asentistas, hacendados y plantadores, colonos urbanos, ajenos a las recomendaciones de la Corona española, por ejemplo, sobre el buen trato que debía dispensarse, a pesar de las numerosas disposiciones reales que se conservan sobre castigos y discriminaciones, o los Códigos Negros promulgados por otras monarquías, o el mismo sistema legal instituido en las colonias angloamericanas y los estados de la Unión americana.

Los Estados que alentaron e hicieron posible la utilización de esclavos africanos en América lo presentan como fruto de una época, desligada de la formación del comercio y de los capitales de las respectivas metrópolis. Cuando progresó la historia crítica, en la mayoría de los planes escolares se introdujo también la historia del colonialismo y de los abusos. En el caso español, muy mitigados, casi de forma anecdótica. En el reverso, las historias hispano-americanas gustaban presentar todo esto como una imposición externa del colonialismo español, como si los dueños de esclavos no fueran en su mayoría criollos y las repúblicas no hubieran tardado, en la mayoría de los casos, varias décadas en erradicar la abominable esclavitud, oponiendo el principio sagrado de la propiedad al más acomodado principio de la libertad. En la enseñanza de la historia en los Estados europeos, la historia de la esclavitud era seguida de la historia de la abolición, promovida por el humanitarismo que logró vencer en la larga y dura batalla librada contra la tradición y el interés despiadado. Los mismos que protegieron la esclavitud fueron quienes acabaron con ella. Y así quedan absueltas sus historias. Me parece una historia manipulada. Primero porque hurta el conocimiento lo más exacto posible del entramado esclavista y lo priva de sentido al circunscribirlo a la esfera de

la codicia de algunas personas sin escrúpulos, y en segundo lugar porque el triunfo de los buenos sentimientos resultó compatible con seguir financiando la trata y participando en ella, como sucede con los Estados Unidos, y la esclavitud, como ocurre con Gran Bretaña, que se precipita a reproducir formas de semiesclavitud con el traslado masivo de culíes asiáticos. La Francia Ilustrada es la Francia dueña del horror de Saint-Domingue, que es el previo a la revolución de 1791. Estados Unidos, Brasil y Cuba –por mediación de España– multiplicaron como nunca antes el número de esclavos en la era de los buenos sentimientos, de la Ilustración y el liberalismo.

Junto a esta historia crítica, en los últimos años asistimos a un revisionismo creciente, en sentido opuesto. Todavía dista de predominar. Pero en países como Francia, al calor del auge de la extrema derecha política y de la xenofobia, los debates revisionistas sobre el “verdadero” papel del colonialismo se abren paso. No sé si se trata de una coyuntura pasajera o estamos ante un gozne que pone en entredicho a la historiografía progresista del último medio siglo que llamaba a conocer históricamente y a asumir responsabilidades.

J.L.A.E. Sobre el anterior aspecto, actualmente hay un debate en la historia y en general en las Ciencias Sociales sobre el término “colonia” aplicado a las monarquías que poseían dominios imperiales. Algunos autores sostienen que su uso debe matizarse e incluso eliminarse por múltiples razones. ¿Cuál es su postura frente a esta polémica?

Yo también pienso que los términos imperio y colonia han de ser objeto de un análisis complejo por parte de los historiadores. No son conceptos unívocos, constantes, sino históricos, sometidos al devenir. Ahora bien, en el debate que mencionan me parece que hay una parte de ideología, otra de formalismo institucional y una tercera de terminología. ¿En qué proporción cada una? Pienso que en una relación de 6 a 4 para las dos primeras; la tercera es un argumento interesado utilizado por ambas corrientes.

Los imperios y las colonias son realidades históricamente determinadas. Van adaptándose a significados que evolucionan. Las colonias de la Antigüedad –Grecia, Fenicia–, y aún de la Baja Edad Media europea –Bizancio, las repúblicas italianas– eran una extensión natural de la metrópoli: un enclave colonizado, habitado y desarrollado conforme a la civilización de procedencia. No existía una relación de dominio y de subordinación. El Imperio romano convertía a las tierras “romanizadas”, asimiladas, en provincias, y progresivamente extendió los derechos antes reservados al núcleo itálico. El Sacro-Im-

perio, el único legitimado en la cristiandad católica a ostentar el título, era únicamente un principio de autoridad que antes de Carlos V solo bajo determinados emperadores implicó un poder algo más que simbólico. La conquista de América que se inicia al final del siglo XV inaugura una etapa nueva. Se fue constituyendo un imperio que renunciaba a usar el nombre, reservado a la estructura europea de los Habsburgo, y por supuesto no usó del término colonia, sino el de dominios de Indias. Los dominios de la Corona de Castilla –España era una referencia geográfica, no política, y la unión dinástica excluía a la Corona de Aragón de derechos y privilegios sobre América– eran muy distintos a los reinos musulmanes conquistados de la Península, donde sus pobladores eran enfeudados y los territorios repoblados con cristianos, y cuyas ciudades, en varios casos, eran llamadas a enviar representantes a las Cortes del reino donde se aprobaban los tributos extraordinarios, pero sin instituir en ellos instituciones específicas ya que aunque conservaban las denominaciones de reinos, eran parte de la misma entidad jurídico-política: Castilla.

En América, la conquista crea realidades basadas en el sometimiento mediante la violencia de grandes grupos humanos no asimilados a pesar de su conversión forzada; las tierras son apropiadas y distribuidas entre los conquistadores; la población autóctona pierde sus instituciones principales de gobierno; y se crea un doble mecanismo de extracción de rentas mediante tributos y trabajo personal, que comprende también a una creciente población esclava africana. La tesis de la creación en América de reinos y otros dominios incorporados a la Corona de Castilla, convertida en un Estado compuesto, en una Monarquía plural con obligaciones dispares solo puede aceptarse si ignoramos el funcionamiento de la monarquía en Castilla y si hacemos abstracción de la dominación en América; incluso nominalmente se pasa por alto que los reyes consideraron que las Indias eran dominios de la Corona, del monarca, no del reino, por eso dependieron casi desde el principio de un Consejo separado y para ellos dictó leyes especiales. Era la Corona la que alcanzaba acuerdos con los colonos, conquistadores y pobladores, aunque también la implantación del sistema municipal vigente en los realengos de Castilla creó jurisdicción separada, comunitaria, origen de numerosas mercedaciones a las que la Corona quiso poner freno con prohibiciones y reforzando la autoridad de las Audiencias Reales, virreyes y capitanes generales. Supone el nacimiento de un imperio de nuevo tipo con respecto a los conocidos. A la vez, es el eslabón que conduce a realidades posteriores que corresponden con los imperios de la era del mercantilismo.

El imperio español tuvo colonias, que llamó dominios y hasta tituló reinos. Las trece colonias que en 1776 se sublevaron contra Inglaterra eran distintas de las españolas. Las colonias que los británicos habían establecido en el Caribe pudieron parecerse en algún momento a las de esa misma soberanía en el norte del continente, pero en el siglo XVIII eran bastante distintas hasta el punto de que Massachusetts, Pensilvania y Nueva York se habían convertido en submetrópolis de las West Indies. Quebec —la Nueva Francia— no se parecía en nada a Saint-Domingue y sus relaciones con París fueron distintas. Los imperios mercantiles británico, francés y holandés en América descansaban en una combinación de factorías productivas y un intenso comercio; los esclavos africanos fueron un elemento destacado de este último y tuvieron una intervención directa en el éxito de las primeras. Es decir, los imperios fueron cambiando y también cambiaron las colonias.

Los dominios españoles, a partir de la instauración de los Borbones y las reformas que se llevan a cabo desde comienzos del siglo XVIII, van siendo asimilados a las prácticas que predominan en Francia. La alta administración de la Monarquía, los expertos en fiscalidad y los teóricos del desarrollo agro-nómico, se referían constantemente a las provincias americanas como colonias. La Junta Central, en 1809, a fin de congraciarse con los habitantes de los dominios, de los que había pasado a depender las finanzas del imperio como nunca antes, afirmó que no eran colonias sino parte esencial de la nación española, pero en el lenguaje de los funcionarios que incluso redactaron esos manifiestos continuamente se deslizaba la expresión que acababa de ser desterrada.

Hay que añadir algo más. La tesis de la Monarquía española compuesta, sin imperio ni colonias, formó parte de la ideología del pequeño círculo criollo que participaba del poder de la monarquía, que quedó con menos argumentos en el siglo XVIII a medida que se imponían las reformas borbónicas. Es la misma tesis reiterada por los absolutistas en las Cortes de Cádiz y tras la restauración de 1814 o 1823. En el siglo XX la tesis fue recuperada por los defensores de la hispanidad y los intelectuales criollos pan-hispánicos, frente al auge de los movimientos pan-latinoamericanos y al protagonismo creciente de las masas populares que eran indígenas, negras e inmigrantes de Europa: italianos, judíos, eslavos, árabes, etc.

Me parece que los términos imperio y colonias restituye la idea de desigualdad, de dominación, de trasvases de recursos, de explotación, explica por qué en lugar de aminorarse se conservan y multiplican las formas de di-

ferenciación social. Solo que hemos de ser precisos, lo más precisos que es posible, repensando en cada momento cómo sucede todo esto.

J.L.A.E. *Hace algunos años, el historiador David Armitage sostenía, con un poco de ironía, que los historiadores se habían vuelto "atlantistas", para referirse al protagonismo que el "contexto atlántico" tenía en diversas investigaciones y debates académicos. Esto se puede aplicar a las investigaciones sobre la esclavitud que se realizan desde hace más de 20 años, que hoy se preocupan por aspectos como el Middle Passage, por ejemplo. ¿Cuáles cree que son los principales aportes de lo que podemos llamar el "interés atlántico" en las investigaciones sobre la esclavitud?*

La primera versión de la historia atlántica se formuló a comienzos de los años cincuenta del siglo pasado para expresar precisamente el trasvase de la esclavitud europea a América. Es la caracterización del belga Charles Verlinden, que argumenta el desarrollo de la esclavitud en el Viejo Continente y su exportación como una actividad que no puede ser calificada de española y portuguesa, pues en ella participaron de una u otra forma numerosas nacionalidades: había italianos y alemanes (en la fragmentación de entonces que luego hemos englobado en los citados gentilicios), flamencos, corsos, malteses y de otras procedencias, sumaban técnicas comerciales y de transporte que abarcaban a otros pueblos. Verlinden subrayaba el nexo Europa-América. Poco después comenzaron los estudios políticos sobre las revoluciones atlánticas que enfatizaban el esfuerzo a ambos lados del atlántico por promover derechos y gobiernos representativos. Deducir que la historia atlantista fue un invento del Pentágono, como alguno ha hecho, me parece una majadería. Creo que hoy pocos discuten que el ciclo revolucionario se inicia en 1776 en Filadelfia, en su fase álgida concluye en 1814 y en su desarrollo liberal y popular-democrático alcanza a 1848. En ese periodo tiene lugar la doble revolución, industrial-mercantil y político-constitucional que entroniza un orden burgués y los principios económicos capitalistas.

No obstante, las tesis de historia atlantistas en coincidencia con la alianza estratégica político-militar de la Guerra Fría que dio origen a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (la NATO, en el acrónimo inglés), resultaba perfecta para señalar el nacimiento de una "civilización" de las libertades. En realidad, el feliz hallazgo no se correspondía con la mayoría de los países abarcados, sometidos a autocracias o a liberalismos muy restrictivos en la mayor parte de los sesenta años referidos. La segunda manipulación consistía en ex-

cluir a América Latina del escogido club del progreso, bien por considerarse fracasado el proyecto demo-liberal a causa de los caudillismos o por su inestabilidad en el siglo XX.

La historia comenzó a hacerse atlántica, en realidad, con el comercio esclavista. Y comprendió Europa, África y América. En una visión global, ese triple eje desplaza cualquier hegemonía alternativa al Atlántico. Coincide con el fortalecimiento de los Estados en el plano militar, fiscal y político, y alimenta mercados cada vez más amplios, distantes y capaces de generar altos beneficios regulares, base del despegue capitalista. Todo esto marca la jerarquía del área atlántica en los siglos XVI y XVII sobre las grandes unidades políticas de Asia. El escenario comienza a cambiar a comienzos de siglo XIX, con la apertura británica hacia la India e Indonesia y el posterior interés por China y Japón. El comercio mundial comienza a desplazarse al hemisferio norte y al Pacífico, y África va perdiendo importancia hasta finales del XIX, aunque hasta mediados de siglo continúa realizando un ingente aporte humano en dirección a América.

La línea atlántica de los estudios sobre esclavitud realiza contribuciones cada vez más relevantes y durante algún tiempo nos va a proporcionar claves antes no consideradas.

M.D.R. *Usted es director del grupo Historia Social Comparada de la Universitat Jaume I. En sus investigaciones se advierte un interés por entender las relaciones entre los diferentes grupos sociales a partir de la esclavitud y el comercio trasatlántico. ¿Cuál considera que es el lugar de la historia de África en el contexto de la historia del mundo?*

El despegue atlántico al que acabamos de hacer referencia, sobre el que se cimienta el capitalismo, sabemos que fue enormemente desigual en la distribución de costes y de beneficios: África realiza una contribución de primer orden en términos de fuerza de trabajo capaz de impulsar sectores claves en todo el proceso, como son la extracción minera, las haciendas y plantaciones y el trabajo urbano de América. En segundo lugar, la esclavitud atlántica convierte a una población dispersa y con diferente grado de desarrollo, en la mayor parte de los casos entregada a una economía natural o de subsistencia, en una importante masa laboral –disciplinada mediante la violencia– en disposición de hacerse “productiva” en el sentido de producir a gran escala bienes para el mercado mundial. En tercer lugar, más no en relevancia, África proporciona una voluminosa mercancía capaz de alentar a lo largo de varios siglos el

desarrollo y modernización del sector financiero y del transporte marítimo, de revolucionar el comercio de altura, siempre con altísimos beneficios en relación al capital desembolsado, a propósito precisamente del comercio con seres humanos.

En ese inmenso intercambio desigual que dejó heridas profundas en África y en su desarrollo, naturalmente existen dos momentos cruciales. Uno es el que mencionaban del "pasaje intermedio", la travesía atlántica, una operación marítima bastante compleja que para los esclavizados representaba una verdadera prueba de fuego y que marcaba sus existencias. Ahora sabemos bastante más que hace pocas décadas de cómo se llevaba a cabo. El primer momento, en orden temporal, siendo previo, es en fecha relativamente reciente cuando ha llamado la atención: los procesos de guerra y esclavización que tienen lugar en África, donde todo parece que comienza, aunque tampoco sea así. Todo comienza cuando en la costa africana se hace presente una demanda externa.

Esa demanda externa cambió a África, cambió al comercio europeo en no pocos aspectos y cambió la forma y el volumen de extracción de recursos en América. Conformó también en esta última una sociedad peculiar, no sólo por la presencia multicultural y el nuevo mestizaje, sino por las modalidades de inserción de los esclavos en numerosas actividades urbanas y en el ámbito más privado, doméstico.

Desde el Grupo de Historia Social Comparada he procurado promover estudios que se interesaran por realidades próximas a sus autores y también otras más abarcadoras, distantes, generalmente desde una perspectiva social o política. España y América Latina han sido los ámbitos de estudio. El mundo hispano-colonial ha sido privilegiado. Y en él, ocupa un lugar destacado en la última década la esclavitud.

M.D.R. *A partir lo que se ha llamado la "perspectiva de la Diáspora", o la "poética de la Diáspora", expuesta por Jerome Branche (Malungaje: Hacia una poetica de la diáspora africana), y las teorías creacionistas de Sidney Mintz y Richard Price (El origen de la cultura africano-americana). ¿cree que es posible retomar los aportes africanos en la cultura, las lenguas y las religiosidades para explicar mejor contextos contemporáneos asociados a las luchas por los reconocimientos y reparaciones de los afrodescendientes en América?*

La cultura, las lenguas y las creencias espirituales y religiosas de raíz africana contribuyen a explicar esas mismas realidades en la actualidad, siempre

que advirtamos que la forma en que se nos presentan hoy día son el fruto de una creación, que como mínimo debe tanto a la experiencia posterior a la travesía atlántica como a la experiencia originaria. Todas las sociedades son socialmente activas, no quedan petrificadas en el tiempo aunque a las religiones casi sin excepción les gusta presentarse con apariencia de inmutabilidad. Los esclavizados no dejaron de crear cultura de una manera más o menos activa. Es cierto que se produce una transculturación, hallazgo conceptual del antropólogo Fernando Ortiz; pero en primer lugar, el conjunto de referencias africanas han de adaptarse a un medio que no dispone de la misma flora y fauna asociada a determinados rituales, ni los individuos gozan de la autonomía personal para desarrollar sus creencias, ni las comunidades de procedencia conservan los lazos o la cohesión necesaria para no ir incorporando elementos de otras etnias africanas o costumbres recreadas en América, incluida la relación con los europeos y en el caso del continente y de algunas islas, con los indígenas. El número de etnias africanas –algunas ya fragmentadas en la adopción de costumbres- trasportadas a América supera la treintena y el número de sistemas de creencias africanas que subsistieron desde que se tienen registros se reduce a unos pocos, en caso de Cuba, donde posiblemente mejor se han conservado, a dos: la Santería yoruba y la Regla de Palo Monte bantú o congo. Las explicaciones externas insisten en el carácter sincrético, con el catolicismo, de su práctica actual; sus practicantes niegan esa hibridación. Más difícil resulta negar el sincretismo que se produjo entre las creencias predominantes yorubas y congo y el conjunto de creencias de otros pueblos africanos, que se integran subordinadas.

La segunda cuestión que me plantean es si pienso que tales tradiciones impulsan las luchas actuales por los reconocimientos y reparaciones de los afrodescendientes en América. No lo creo. También en este punto, me parece que los actuales actores sociales y políticos beben de su tiempo: pienso que la exigencia de reconocimiento y reparación, que tuvo en la Conferencia sobre el Racismo organizada por Naciones Unidas en Durban en 2001 una importante llamada de atención al asociar tráfico de esclavos, esclavitud afroamericana y racismo moderno, y reclamar reconocimiento y reparaciones, tiene una secuencia que comienza con las luchas por la descolonización y la reivindicación de la negritud, sigue con los movimientos por la igualdad de los derechos civiles, y culmina en la frustración de las nuevas naciones africanas y caribeñas por el neocolonialismo, que no solo truncó sus planes de progreso sino que culpó a los nuevos gobernantes de ineptitud, como si las potencias

descolonizadoras hubieran sido ajenas a la preparación de esas condiciones. Todo esto sucedió hace más de medio siglo y en regiones concretas de África y del área del Caribe, pero sus efectos se multiplicaron y expandieron en las décadas posteriores, cuando, tal y como prueban los indicadores internacionales, la pobreza, la desigualdad, el analfabetismo, la marginación, la delincuencia y la población penal en América Latina y el Caribe suele ser mayor entre los afrodescendientes, es decir, entre descendientes de esclavos. Porque el racismo y la exclusión sobreviven en el tiempo.

De otra parte, ha sido una tradición inveterada las reparaciones de guerra del vencido al vencedor. Forman parte de la cultura occidental. Después de la creación del Estado de Israel en 1947, en particular después de 1952, la República Federal Alemana acordó importantes y continuas reparaciones económicas a los supervivientes del Holocausto, tras un reconocimiento público del genocidio contra el pueblo judío durante la época nazi. Ese es el precedente inmediato de las reparaciones y no guarda una relación directa con ningún precepto jurídico. Descansaba en un acuerdo político que arrancaba de un deber moral y se acompaña de una compensación monetaria. Detrás había un Estado aliado y un gran número de connacionales exterminados. No sucedió nada parecido con el pueblo gitano o con otros colectivos étnico-nacionales —como serbios o ucranianos— sometidos a crímenes contra la humanidad que se asemejan demasiado al genocidio.

¿Puede lograrse un reconocimiento semejante acerca de la trata atlántica y la esclavitud? ¿Es preciso calificar estas prácticas de genocidas para mejorar las perspectivas de una demanda internacional o un acuerdo entre antiguas potencias coloniales, los descendientes de los esclavos y las naciones africanas que padecieron entre los siglos XVI y XIX esta descomunal sangría de migración forzada? Es un debate muy vivo pero no creo que ofrezca resultado. No hablo de la justicia de la reclamación. El reconocimiento debería ser una medida necesaria y saludable que contribuiría a admitir el origen de los actuales hábitos racistas.

En los Estados Unidos ha habido compensaciones económicas de alguna gran corporación financiera que participó en el comercio o la explotación esclavista. Son acuerdos extrajudiciales destinados a asociaciones para el progreso de la gente de color, no directamente a familias, y procuraban evitar una campaña de desgaste de imagen de la entidad denunciada. Era un acuerdo entre particulares. Los Estados no han admitido responsabilidad alguna que llevara implícita una indemnización por el daño causado. En Durban, la de-

manda de parte de las naciones africanas fue una de las causas de la inhibición europea y estadounidense y de la incierta continuidad de las siguientes conferencias sobre el racismo. No obstante, habrá que aguardar y ver el desenlace de la demanda promovida por varios países de la Asociación de Estados del Caribe contra Gran Bretaña por su papel en la trata y el dominio esclavista, acción que entre otros asesora el historiador de Barbados Sir Hilary M. Beckles.

Como ustedes saben, un historiador francés que ha realizado una importante contribución al estudio de las esclavitudes, Olivier Petre-Grenouilleau, ha sostenido que los africanos fueron víctimas y actores de la esclavización. Nadie debería escandalizarse a estas alturas. La inmensa mayoría de los africanos transportados a América fueron capturados y vendidos por otros africanos. Eso no resta un ápice de responsabilidad a los europeos y americanos que intervinieron en el comercio, ya que generaron una demanda sostenida y a unos precios que desarticulaban las economías locales, especializando a sus aliados en la guerra, y proveyeron a estos de un armamento que les confirió la superioridad necesaria para convertir la esclavización del adversario en una industria lucrativa. La polémica en torno a Petre-Grenouilleau, que produjo la indignación de comunidades franco-antillanas, estuvo motivada por una deducción del autor, externa al libro: algunos afrodescendientes americanos, entre otras identidades posibles, optan por declararse descendientes de esclavos, cuando en términos de generaciones la mayor parte de sus antepasados fueron libres y muchos son mestizos, y por lo tanto también descendientes de europeos.

Pero es la esclavitud y no cualquier otra condición la que explica su presencia en América. Y fue la esclavitud el origen de su postergación general, aunque otros hayan conocido la movilidad social y se hallen integrados en las clases medias. Es claro que la historia no se detuvo en la esclavitud y el momento de la emancipación, y que las oportunidades no fueron idénticas para unos y otros en las repúblicas soberanas, en los departamentos franceses de ultramar o en los estados asociados de la Commonwealth; hay una responsabilidad compartida que no exime a los americanos. Hay también un origen de la cuestión que corresponde a las potencias europeas que introdujeron y alimentaron la esclavitud durante cuatro siglos.

M.D.R. *¿Cómo ha observado Usted los aportes de las mujeres en las conformaciones de las sociedades afrodescendientes en las Américas? Sobre todo por la participación de las mujeres en las diferentes formas de esclavización que*

ocurrieron, desde las plantaciones en el Caribe insular, en el sur de los Estados Unidos, en las plantaciones y "fazendas" (haciendas) en Brasil y hasta en las minas y haciendas en Hispanoamérica continental (México, Colombia, Ecuador, Perú).

370 Las mujeres ocuparon un lugar destacado en mi libro sobre la esclavitud hispánica. Su papel es altamente complejo en el mundo de los esclavizados: su función reproductora, productiva y de servicio doméstico no agotan ni de lejos su protagonismo. Fueron esenciales en la transmisión de prácticas africanas, sincréticas y criollas a sus descendientes, en el cuidado, el conocimiento de plantas, en la preparación de alimentos; de otro lado, de acuerdo a la mayoría de las tradiciones africanas, son postergadas en el sistema de liderazgo tutelar o espiritual. Al mismo tiempo, desempeñaron una gran variedad de oficios en la ciudad y de trabajos en el campo; en las ciudades llegaron a disponer de un dominio del espacio público que difícilmente podían tener los europeos y hasta los libres de color: cuando no realizaban mandados para sus amos, una parte de ellas se alquilaban por un salario, acordaban las condiciones, ahorraban lo acordado con sus dueños y naturalmente, si podían, sisaban lo que no declaraban, cambiaban de empleador y en ocasiones de oficio, los aprendían y su cualificación la hacía valer el dueño en su venta y alquiler, pero también ellas lo aprovechaba. Todo esto no era exclusivo, pero los varones, por lo general, ocupan un lugar secundario en estas prácticas y el registro de las habilidades apreciadas parece ser menor. De otra parte, nos resta bastante por conocer de las mujeres en las haciendas y en las plantaciones.

Sobre las primeras, alenté y dirigí dos tesis doctorales: una sobre la coartación en Cuba, de Claudia Varella, que me parece el estudio más riguroso y completo llevado a cabo sobre el tema, que en buena parte es protagonizado por mujeres; y otra tesis, preparada por Beatriz Joda, sobre mujer esclava en La Habana en la primera mitad del XIX, que introduce una interesante distinción entre doméstica y urbana, y reconsidera el valor del trabajo no unido a la producción de bienes materiales que sin embargo se refleja en el valor y el precio de las mujeres esclavas.

Creo que queda bastante por andar. La ventaja es que la mujer —a menudo asociada a la familia— es uno de los temas que dentro de la esclavitud cuenta con más estudiosos hoy día, así que el conocimiento avanza más rápido y nos permite comparar realidades complementarias.

M.D.R. *¿Qué nos recomienda Usted sobre los “usos o giros lingüísticos” que están muy de moda en los estudios académicos sobre el tema de la esclavitud? Hay sendos debates de si los investigadores deben referirse a los “esclavizados” en vez de “esclavos”, y de “esclavización” en vez de “esclavitud”, por poner un ejemplo. Ello porque “según esos giros lingüísticos” se requieren conceptos que dinamicen o pongan en acción la relación del sometimiento en el cual el sometido siempre estuvo activo, y no pasivo, ante tal dominación en procura de la libertad y porque las acciones de esclavizar al otro también corresponden a dinámicas que muestran los conflictos permanentes de dicha relación.*

Hago un uso indistinto de esclavo y esclavizados. En segundo vocablo, en plural, me permite referir la diversidad de género sin abusar del desdoblamiento masculino/femenino. Y sí, “esclavizado” y “esclavización” implican una relación no estática, pero no veo por dónde deducen que comporta resistencia. La relación, como todas las relaciones sociales, es recíproca. Y al ser resultado del empleo de la fuerza, nos remite a la acción de quien somete y es sometido. El conflicto está latente en la medida que deducimos que nadie por su propia voluntad desea ser objeto de lo segundo. Pero en español, la voz “esclavizado” es un participio activo de una forma verbal, esclavizar, que nos remite a la acción de someter, de reducir a otro, no de resistir.

La perspectiva de estudios culturales me parece que han originado una subespecialidad discursiva que se retroalimenta a través del discurso. Me parece más fructífera cuando se ha ocupado de los mecanismos de construcción y transmisión estrictamente cultural que cuando han pretendido que nada hay en la realidad histórica que no se deba observar a través de ese prisma. Posiblemente no estoy suficientemente informado, pero todavía aguardo una contribución, si no revolucionaria al menos sólida, a la historia de los esclavizados desde el giro lingüístico.

J.L.A.E. *Las investigaciones recientes plantean nuevos retos a los historiadores de las sociedades y culturas negras y de la esclavitud. ¿Cuáles cree que son los caminos por explorar y los “errores” que no deben cometer los jóvenes investigadores?*

Los estudios históricos sobre la esclavitud generalmente han estado motivados por razones económicas, sociales, relacionados con la posterior construcción de la ciudadanía y de identidad cultural. Cualquier intento de segregar los últimos de los primeros me parece que origina una distorsión monumental, desprovee de sentido histórico a la condición esclava. En los úl-

timos años, en gran medida debido a una empatía comprensible, los estudios de los jóvenes historiadores se han orientado hacia las manumisiones, a la gestación de espacios propios de esclavos que permanecían en cautividad, a discutir el sentido carcelario de las plantaciones, a ilustrar sentimientos. Bueno, es algo que faltaba y las contribuciones están ahí, unas mejores que otras, como también sucedía con otros enfoques. Pero, ¿por qué conformarse con una parcela parcial, si la realidad histórica es mucho más rica? ¿Están seguros de que su caso es significativo, cuando no los unen a otros y pueden comparar? ¿De verdad creen que los esclavos fueron agentes de su propia libertad, por parafrasear el interesante libro de Carlos Aguirre, más allá de los casos referidos? ¿Cuántos?

De otro lado, a veces, con algunos autores tengo la impresión de que la empatía genera un exceso de sentimientos mal controlados, y en lugar de una práctica analítica prevalece la recreación del mundo justamente al contrario del que hubiera escrito Eugène Sue, un *Anti-Cabaña del Tío Tom*, la ucronía que rectifica y hace justicia a la historia. No creo que la tarea de los jóvenes investigadores consista en vengar al pasado. He de precisar que no me propongo generalizar con estas observaciones. He encontrado a otros que sabían perfectamente cómo construir una investigación original, cómo sostener una mirada crítica, cómo buscar algo más que el significado que se desprende de una acción humana y buscan también sentido social. He hallado autores enormemente receptivos a ideas y sugerencias, lo cual no quiere decir que las acabaran siguiendo porque estaban en su derecho de convertirlas en materia de crítica y sacar adelante con ello sus investigaciones.

Mi primera recomendación a un joven historiador consistiría en que se detuvieran un tiempo suficiente para construir el problema de investigación, el tema. Sirve para cualquier estudio histórico. Que leyeran todo lo que pudieran sobre la cuestión antes de escribir. Que trabajen con notas y borradores. Nada original, como pueden comprobar. Y ya dentro del asunto, que fueran a la comprensión de la estructura al caso, y viceversa.

La esclavitud en Hispanoamérica conserva numerosas parcelas por resolver. Se conoce mejor el espacio urbano, pero en él menos los obrajes y las tareas organizadas en almacenes y puertos que el espacio doméstico y la venta callejera; numerosos oficios quedan por desentrañar. El número de estudios sobre esclavitud y haciendas ganaderas es muy escaso. Los enfoques de género en haciendas y plantaciones son insuficientes. La sexualidad esclava en ámbitos diferenciados aguarda su gran investigación, o varias. Los

estudios demográficos no han progresado tanto como prometían cuando se iniciaron en los setenta. Bajo mi dirección se lleva a cabo en la actualidad una tesis doctoral sobre enfermedad en la plantación en Cuba en la época álgida de la segunda esclavitud; el autor, un joven cubano, Reinier Borrego, se ocupa también de la alimentación en esas condiciones. No conozco nada semejante para otras regiones del imperio español. Solo en los últimos tiempos se ha evaluado la relevancia relativa de la esclavitud en regiones donde no ha quedado herencia étnica y se tenían por ajenas a la esclavización. La travesía intermedia no ha gozado apenas de trabajos para el mismo ámbito. La época de la trata libre, a partir de 1789 ha sido en general poco estudiada para las regiones donde de forma más activa se practicó. En fecha reciente es cuando han comenzado a realizarse estudios sistemáticos sobre la estructura de la trata en la etapa clandestina en Cuba, entre 1821 y 1866. Las relaciones entre esclavos y libres de color nos resulta todavía poco diáfana. En fin, estudiar la esclavitud tiene un amplio pasado, tristemente, y un futuro prometedor...

J.L.A.E. *Por último, quisiéramos preguntarle cuáles son sus actuales proyectos de investigación.*

En 2016 publiqué con Dale Tomich, Robin Blackburn, Rafael Marquesse, Ricardo Salles y Edward Baptist un libro sobre esclavitud y capitalismo histórico donde abordábamos cómo se había escrito sobre la esclavitud en Brasil, Cuba y los Estados Unidos en las últimas décadas, se analizaban los nuevos enfoques en perspectiva y se discutían determinadas implicaciones teórico-metodológicas. El libro salió en portugués, en Brasil, y en español, en Cuba. Ha de aparecer la versión en inglés. Esta puesta al día, y la discusión que comporta, nos mueve a sus autores a precisar el objeto de nuestro estudio, en mi caso, a revisar convicciones tanto sobre la realidad caribeña como hispanoamericana.

Me muevo en la actualidad en dos proyectos. Uno viene de atrás y en él voy reconstruyendo mediante aproximaciones parciales y sucesivas el programa de constitución de la plantación esclavista en Cuba y su evolución, que supuso asimismo el reforzamiento de los lazos coloniales mientras se desataban en el continente americano. El largo periodo de preparación de esta investigación me ha posibilitado ir enmarcándola en las tesis de la segunda esclavitud, la esclavitud en tiempos de capitalismo industrial y demanda masiva de bienes tropicales, y a su vez me lleva a reflexionar sobre el tipo de relaciones sociales a que responde esta fase.

De otro lado, hace siete años desgajé un capítulo, que me pareció inmaduro, de mi libro sobre el nacimiento de la política, *Bicentenarios de libertad*, y planifiqué sobre sus tesis centrales una investigación independiente sobre la esclavitud, la raza y la política en el imperio español, entre el reforzamiento ideológico-cultural de la estratificación en castas, que no se corresponde con la situación social, antes al contrario, es una reacción a su crisis latente, y la irrupción del pueblo como actor político en torno a ideas de libertad y soberanía, que subvierten las jerarquías y el principio de desigualdad, hasta su recomposición racial y política con las nuevas repúblicas. Confieso que se trata de un proyecto muy ambicioso que me ha llevado a conocer mejor la realidad del Caribe más allá de Cuba, y me ha transportado a los principales núcleos urbanos donde la esclavitud y los afrodescendientes sometidos o libres representaron cuotas importantes de la población y de las actividades. Esa dimensión imperial del tema me ha permitido comparar prácticas y consideraciones semejantes pero también diversas, pensar el concepto de esclavitudes, en plural, observar los cambios en relación a factores que nos son jurídicos en sentido de ley positiva, y por lo tanto uniformes, sino basados en un conjunto de normas locales y costumbres. Todavía me falta un tramo de estudio. Pienso que dentro de dos años podría estar concluido, si todo avanza como me gustaría.